

# ESTUDIOS ECONOMICOS

---

Vol. I

Julio - Diciembre de 1962

Nº 2

---

## LA POLITICA ECONOMICA Y LA IDEA DE PLAN

El análisis económico contemporáneo enseña que, si la libre competencia ha sido —y todavía es, en ciertos medios y en determinados países— una doctrina dotada de un eficaz espíritu de lucha, esta idea no ha llegado a compenetrar totalmente los hechos. La competencia practicable (workable competition) no se puede confundir con la competencia perfecta.

Recíprocamente, si bien la idea de plan ha ganado muchos adeptos desde la segunda guerra mundial en países que, por sus costumbres y por el temperamento individualista de sus habitantes, parecían menos preparados a aceptarla, y aunque varios de estos países han oficializado de alguna manera esta idea, reconociéndole el derecho de ciudadanía y, si se puede decir, un estatuto institucional, podemos preguntarnos hasta qué punto esta tan ruidosamente proclamada entronización ha dejado atrás la fase de los deseos.

Al formular esta pregunta, no es nuestra intención poner en tela de juicio la idea de plan, ni escrutar sus fundamentos. Su legitimidad está demostrada. Numerosos gobiernos la han aceptado oficialmente. La sostiene la opinión, por lo menos la opinión militante. Sus opositores están perdiendo terreno. Entre ellos, unos se avienen al plan por oportunismo, porque encuentran en él su provecho. Los demás ponen una sordina a sus objeciones o, más sencillamente, se callan.

Esta conversión ideológica no ha sido seguida, sino de muy lejos, por una evolución concreta. Resulta evidente que la planificación practicable, y practicada bajo varias formas bien conocidas —planificación central y autoritaria, planificación llamada indicativa o flexible— no es la planificación perfecta. No hay en esto nada sorprendente ni escandaloso. Los partidarios de la economía competitiva no tienen derecho a burlarse: en su tiempo su propia doctrina no ha sido mejor aplicada que actualmente la doctrina de los planificadores. Las realizaciones no llegan nunca, en ningún régimen, a la altura de las promesas.

Pero no queremos vestir la toga del abogado ni del fiscal. Nuestras intenciones son menos atrevidas: están exentas de toda pasión, dictadas solamente por la curiosidad. Esta curiosidad es triple: a) ¿por qué la idea de plan?, b) ¿por qué las discusiones que surgen a propósito de la planificación?, c) ¿por qué son tan incompletos los éxitos de la planificación? Nos dedicaremos a desarrollar estos tres puntos, es decir: los móviles, las ambigüedades y las dificultades de la planificación, o más generalmente de la actitud prospectiva (1).

---

(1) El neologismo **prospectivo**, en su forma adjetiva, viene de la jerga de los seguros en Francia. El filósofo francés Gaston Berger, que falleció hace poco, formó sobre esta base el sustantivo **la prospectiva**. Ha fundado una revista que lleva este título, y un **Centro de Estudios prospectivos** que agrupa a pensadores e industriales. Allí se estudian sistemáticamente los problemas del futuro. Un movimiento similar ha sido creado en los Estados Unidos bajo el nombre de **futuribles**.

I. — LOS MOVILES DE LA IDEA DE PLAN

Ante todo es preciso disipar un equívoco. Nos hemos preguntado: ¿por qué la idea de plan? Esta pregunta se parece a otra: ¿por qué un plan? Una literatura amplia ha intentado contestar la segunda pregunta. No tenemos nada que objetar a los argumentos adelantados, ni siquiera diremos que nos parecen poco convincentes: su trascendencia excede nuestro entendimiento.

Nuestro punto de vista difiere de aquél en dos aspectos. En primer lugar, frente a un problema complejo, todavía confuso, difícil de plantear y no resuelto científicamente, mientras los adeptos de la planificación —con la tranquila seguridad que confiere la iniciación— no vacilan en tomar posición, nuestra opinión queda en una prudente reserva. No nos pronunciaremos, en nuestra incapacidad de elegir entre el pro y el contra. Frente a la verdad que ellos no demuestran, pero que creen sin embargo haber descubierto, nos abstenemos de opinar. También en este aspecto, nuestro punto de vista difiere del suyo. Admitimos su descubrimiento, o más exactamente la afirmación de su descubrimiento, como un hecho, como un dato propio de la ideología actual. Habiendo tomado nota de esta afirmación, no analizaremos en sí el problema de la planificación. Trataremos de descubrir los motivos por los cuales ciertos intelectuales advertidos han optado a la vez por *plantear* el problema, por no *resolverlo* en forma apodíctica, y sin embargo, por *adoptar* una solución y no otra.

A primera vista, una explicación se ofrece: la cuestión del fin y de los medios de la política económica, es aparentemente el mayor de los problemas que se plantean al economista; es el problema al cual éste debe, por vocación, aportar su luminosa contribución, so pena de ser acusado de inútil. Lo que se espera de él es una receta. No le es lícito declarar su incompetencia. Si lo hiciera, se expondría al peor de todos los reproches que se le pueden hacer.

En otra época, esta receta se enunciaba en dos palabras: *laissez faire*. Se sabe actualmente que esto no basta: la teoría lo ha demostrado. También se sabe que esta receta no ha sido

nunca practicada al pie de la letra: la historia lo evidencia. Entonces, por una tendencia natural, se prescribe la receta opuesta.

Cuando el economista aconsejaba dejar hacer y se cruzaba de brazos, las cosas no andaban muy bien; ejecutada más o menos escrupulosamente, la recomendación desilusionaba. Los dictámenes hacían sonreír. Sin amedrentarse por esto, el economista decidió entonces ocuparse de todo. Aún si las cosas no van mejor, si a los males de ayer, que pretende haber curado, suceden otros males que no ha sabido prever, todo esto no lo intimida; terminarán por tomarle en serio, y las nuevas dificultades que surgen le darán nuevas oportunidades de prescribir.

Sería de mal gusto limitarnos a esta caricatura trivial. Las implicaciones humanas del problema merecen un examen más profundo. Los móviles de la política económica, como de cualquier otra política, están en las raíces del ser. Esto, por lo menos, es seguro. Estos móviles son los que vamos a tratar de escudriñar.

En el mismo momento en que el pensamiento económico aceptaba la idea de *plan*, una escuela filosófica destacaba la idea de *asumir un compromiso*. Quizás no sea fortuita esta concomitancia, en la cual se puede ver en cierta manera una convergencia. Por supuesto, la idea de comprometerse es tan vieja como el mundo. Es una de las raíces del ser, uno de sus móviles, que evocábamos hace un momento. La idea de *plan* se limita a volverla hipotática. De sus numerosas vicisitudes, es la más reciente. En el *corpus* del pensamiento económico, expresa un tomar conciencia, afirma un voluntarismo, enuncia —en el sentido impropio que se da a esta palabra últimamente— una anticipación: anticipación gratuita, porque en el momento de su formulación, el compromiso que implica, y sus posibilidades de cumplimiento, están todavía en el limbo.

A este respecto, la filosofía de la existencia es algo más que un snobismo pasajero. Como cualquier otra idea fecunda, se orquesta de diversos modos, entre los cuales se transparentan unos pocos, particularmente aptos para el pensamiento económico y adecuados a sus temas.

## LA POLITICA ECONOMICA Y LA IDEA DE PLAN

Dos antítesis nos ayudarán a descubrirlos.

*Primera antítesis:* el hombre puede comprometerse con entusiasmo, o, inversamente, a pesar suyo. El hombre de negocios es un entusiasta; su afán de lucro (que no es lo mismo que el deseo de ganancia) disciplina lo que Keynes llamaba su "temperamento sanguíneo". Los votos que el jefe de empresa pronuncia en su fuero interno son casi siempre votos perpetuos. Por lo contrario, la *Religieuse* de Diderot, que sus padres han forzado a entrar en el convento, no encontrará sosiego sino cuando se haya fugado. El trabajador, cuya pobreza le obliga a enajenarse, es decir a dejarse imponer un compromiso, no tiene una suerte más envidiable. Su cautividad no tiene salida. Puede, cuanto más, trocar una cárcel por otra. Tal es el camino de su libertad. Esta clase de compromiso no es, que sepamos, la que recomienda el filósofo. Sin embargo, se practica universalmente y no parece cercana su abolición, a menos que el progreso técnico continuo y sus consecuencias políticas acaben por realizar esta transformación.

Es posible pues —*segunda antítesis*— comprometerse de manera irrevocable o difícilmente revocable: es el compromiso a largo plazo. O también, es posible reservarse una escapatoria en la próxima esquina: es el compromiso a corto plazo. El hombre puede arraigarse: es lo que hace —más o menos inconscientemente y en general por inercia— la mayoría. O por lo contrario, se puede, como Simone Weil (2) predicar el arraigamiento, en el mismo momento de haber sido totalmente desarraigada por circunstancias adversas. Se puede leer con delectación *Les déracinés* de Maurice Barrès, porque existen naturalezas cuyo arraigamiento mejora y se fortifica cuando lo matiza el dandismo.

¿Son ajenas estas resonancias a la vida económica? Por muy sutiles que sean, todas tienen en ella un papel. Recordemos las más típicas, porque son las más sencillas. Está el empresario, que se identifica con su empresa, que vive para ella, por ella, en ella; cuando se separa de su empresa, languidece y a veces se muere. En un sentido opuesto, está el financiero que administra su fortuna, su enorme fortuna, de manera de poder liquidarla casi enteramen-

---

(2) Joven filósofa y mística francesa, fallecida en Londres en 1944.

te en pocas horas, en pocos minutos; basta una llamada telefónica a Londres, a Nueva York, a Zurich: para esto existen las líneas directas, y los *brokers* operan muy rápidamente cuando se trata de un cliente importante. Hemos conocido hombres así. Hombres sin raíces, deliberadamente. No hombres sin fe ni ley, sino hombres de otra fe, hombres de otra ley; hombres de un universo abstracto, pitagóricos a su manera; hombres de combinaciones, o, mejor dicho, según la expresión de Leibniz, de *combinatoria*; no necesariamente desprendidos de los bienes terrenales, y sin embargo los menos materialistas entre los hombres.

Hombres sin raíces, hemos dicho. No es absolutamente exacto. Sus raíces, las llevan en sí mismos, como otros las llevan en la tierra. ¿No comprometidos? Estos compromisos que ellos atan, desatan y vuelven a atar reiteradamente, de liquidación en liquidación (3), derivan todos del hilo director de su pensamiento, tan estrecha y tan indisolublemente como las palinodias del filósofo existencialista (4).

¿Actitudes opuestas del operador a corto plazo, por un lado, y por otro del hombre de una sola empresa, del especulador, del buscador de oro, del planificador? Aparentemente, sí. En realidad, estos hombres tienen algo en común: a su manera, según su estilo propio, de acuerdo con su inclinación intelectual, cada uno de ellos *prospecta*.

No sin intención hemos expuesto largamente la diversidad de sus actitudes. Esta corresponde a la diversidad de un móvil subyacente, hecho famoso por Tinbergen bajo el nombre de *horizonte económico*. Sea el horizonte largo o corto, restringido a las dimensiones de un pueblo o extendido, como el de las grandes industrias modernas, al mundo entero y a un porvenir lejano, nadie vive sin horizonte.

(3) Tomando la palabra **liquidación** en su acepción bursátil.

(4) A nuestro entender, la **palinodia** no tiene nada de peyorativo cuando, lejos de obedecer a un deseo de comodidad, está inspirada por la honradez intelectual. Tal es el caso del filósofo existencialista. Es también el caso de Keynes, quien unos pocos años después de publicar su **Treatise on Money**, repudia esta obra en su **Teoría General** y más tarde, poco antes de morir, dice que esta **Teoría General** ya no tiene validez, en el mismo momento en que se pone de moda en todo el mundo, y en que, gracias a unos pocos contrasentidos, se multiplican sus aplicaciones.

Como lo escribió Pascal en un comentario sobre la apuesta, estamos "embarcados", nos vemos obligados a jugar. El hombre de estado, lo mismo que el hombre de negocios, es un jugador, en el sentido más elevado de la palabra.

Si evocamos la teoría de los juegos de estrategia, será para denunciar, con todos los especialistas (5), el abuso de esta teoría por elegantes aficionados. Si evocamos los fantasmas gastados de Maquiavelo y de Clausewitz, será para notar que sus epigonos no aprovechan siempre juiciosamente sus consejos. El juego no es solamente una pasión; es también un instinto muy desigualmente distribuido. El hombre juega con su prójimo, por necesidad; juega a veces con sus semejantes, a quienes gobernará en número más o menos crecido, según su capacidad. Juega bien o juega mal (lo que es evidente y no requiere análisis). En cambio, puede ocurrir que el jugador bueno pierda y que el malo gane (lo que también es evidente, pero difícil de analizar). No se puede concebir un juego que no implique algún azar (6).

En contraposición con los estrategas de café, con las naturalezas friolentas y con los contemplativos de todo pelo, que meditan para no tener que jugar, y porque consideran el azar como diabólico, es precisamente esta interferencia recíproca del azar y de la inteligencia la que, a los ojos del jugador, da al juego su seducción. Esta fuerza de atracción hace la grandeza del jugador. La complejidad del juego lo ennoblece. De este gran juego, el casino ofrece la estampa barata; la empresa, el grabado fino; y el plan económico, el fresco panorámico más amplio que se pueda imaginar en nuestra época.

La imaginación del hombre está a la medida de sus aptitudes; tal es el móvil. Los medios constituyen el dato contingente, actual o histórico, que el móvil usa como palanca. Ahora bien, los instrumentos de la acción económica alargan cada vez más su alcance. Durante muchos siglos estuvieron en el nivel local; después pasaron a la escala provincial, a la nacional, y a la im-

---

(5) Entre los cuales no nos contamos.

(6) Dos robots que juegan al ajedrez empatan forzosamente. Ganar o perder es propio del hombre.

perial, donde se han fijado por ahora, a pesar de un vocabulario deliberadamente hipócrita. El horizonte económico *c*, en otras palabras, la investigación prospectiva, se amplía paralelamente a los horizontes técnico, geográfico y, finalmente, político. Los marcos y las formas de la investigación se adaptan, se estructuran. Nuevas formas, nuevos marcos, coexisten con los antiguos.

Sin asociar a esta expresión ningún juicio de valor, digamos que la idea de plan constituye la manifestación más adelantada de una actitud prospectiva que pertenece a todas las épocas.

Si la generación actual integra en un plan las instituciones —colectividades y empresas— que ha heredado; si intenta, con una suerte variable, "concertarlas", no es por capricho, porque encuentre esta ocupación agradable, sino porque no puede actuar de otra manera.

## II. — LAS AMBIGÜEDADES DE LA PLANIFICACION

Hasta ahora, progresa más rápidamente el prestigio de la palabra que la realización de sus promesas. Estas promesas son claras y bastante precisas; oportuna y milagrosamente, responden a una esperanza. Es el milagro del *Verbo*. Ya hemos indicado que éste no se encarna sin dificultad, que su gestación, al lado de éxitos indudables, produce monstruos y abortos. En la última parte de este ensayo explicaremos por qué el planificador no es un dios todopoderoso.

En cambio, es un dios hábil. Arroja sus rayos desde las nubes. Juega —pues él también juega, como todos nosotros— y se aureola con sus misterios que, como en el catecismo, "debemos creer aunque no los entendamos". Los utiliza como instrumentos y como escudos. Juega con las palabras. No hace nada que pueda disipar la confusión. ¿Acaso lo engaña el uso a la vez ingenioso, ingenuo e irreflexivo que él mismo hace de estas palabras? No lo sabemos, ni lo sabe él tampoco. Pero nos consta que tiene propensión a engañarnos, y capacidad para hacerlo.

Los equívocos, fuentes de querellas, no esperan para surgir que el plan esté en ejecución, que se hagan evidentes sus ventajas y sus inconvenientes, sus promesas y sus errores; no esperan

## LA POLITICA ECONOMICA Y LA IDEA DE PLAN

siquiera que el plan se prepare, más o menos en secreto; los equívocos empiezan en la fase del vocabulario. La querrela de las palabras surge tan pronto como la idea de plan sale del limbo, mucho antes de que sus propósitos hayan tomado forma, ni que el menor proyecto haya sido presentado.

¿Qué hay de nuevo en esta idea? ¿Qué hay de nuevo en el plan anunciado? ¿Se propone definir una política económica? No hay en esto nada nuevo. Todo estado tiene una política económica, incluso el estado gendarme, tan caro a la época liberal: su política consiste, en principio, en no tener ninguna, y en la práctica, en dejar la vía libre a algunos intereses, y en cerrarla a otros. Ayer inconfesada y oculta, hoy fomentada y sacramentada, la selección tampoco es una novedad.

No es menos falaz la oposición entre el estado-gendarme y el estado-providencia: el estado siempre es la providencia de algunos y el gendarme de otros. Si quiere transformarse en la providencia de todos, se vuelve a la vez el gendarme de todos. De no ser así, su poder sería pura ilusión.

Desde luego, la economía francesa bajo Luis Felipe no era una economía planificada, en el sentido que dan a esta expresión sus protagonistas. Sin embargo, la gran burguesía inauguraba su reinado (7). ¡Y qué reinado! El más eficaz, concertado, prospectivo que se pudiera desear. No planificado, lo repetimos, pero coherente. Su visión política padecía de miopía, pero sus objetivos económicos fueron rápidamente alcanzados. El reinado de Napoleón III no fue inferior al precedente. La Tercera República, a pesar de las apariencias y de los compromisos que le fueron impuestos por las circunstancias y por la creciente cristalización de los intereses, siguió el mismo camino, sin vacilación ni debate. La inquietud se ha desplazado. El orden social, el orden ideológico, se ponen en tela de juicio. No se trata ya del orden económico. ¿Qué ocurre? Por contraste con los planes periódicos, ajustados y reajustados en cada momento, nunca ejecutados en forma correcta, una sola línea de conducta se bosqueja al nacer la gran industria, se define más tarde, se afirma, se mantiene contra viento

---

(7) Véase Jean LHOMME, *La grande bourgeoisie au pouvoir*, París, 1961.

y marea, sobrevive todavía y, por los motivos que indicaremos más adelante, se acomoda con las fuerzas que se le quiere oponer, sortea los controles con los cuales se la trata de sujetar, y deshace las trabas que se le ponen, porque a pesar de las apariencias, los hombres que determinan esta línea de conducta no han en nada abdicado su poder.

Lo mismo se puede decir de todos los países en los cuales el capitalismo no ha sido fosilizado en un feudalismo retrógrado, o radicalmente suprimido por la revolución colectivista. Desde luego, los países de capitalismo evolucionado tienen también sus problemas; pero económicamente, con o sin plan gozan de buena salud.

Sin embargo, la idea de política económica se identifica cada vez más con la idea de plan. La palabra aumenta su fuerza de atracción pero —y esto es importante— su fuerza de repulsión subsiste. La querrela no se ha calmado. Parece sin embargo, que se está filtrando y polarizando.

Un paso importante ha sido dado en esta dirección cuando, a la planificación *centralizada y autoritaria*, reconocida como primogénita, pero tachada de incompatible con los ideales occidentales y condenada sin juicio, una casuística oportunista tuvo la idea de oponer la planificación *flexible o indicativa*, la planificación "a la francesa". Esta última ha sido imitada esporádicamente y, según afirman sus turiferarios, falta poco para que el último bastión de sus opositores ices la bandera blanca.

¿Diremos que los Países Bajos han precedido a Francia en este camino? La planificación holandesa es menos flexible; es más claramente indicadora, imperativa a su manera. Nos atrevemos a decirlo: es una planificación calvinista, un concierto por predestinación. No se sonría el lector: esta reminiscencia teológica no es indiferente. Lo subraya Tinbergen: las recetas que prescribe no son transferibles a un país latino (8). Entiéndase: un país no puritano. Valen solamente en un país con un alto grado de civismo y de autodisciplina. Entiéndase: un civismo holandés, un civismo

(8) En *On the Theory of Economic Policy*, North Holland Publishing, Amsterdam, 1952.

## LA POLITICA ECONOMICA Y LA IDEA DE PLAN

mantenido alerta por la constante amenaza de las olas que baten los diques. Esta apreciación, que nos parece razonable, ha sido formulada por Tinbergen hace varios años. Ahora, el eminente economémetro se ha transformado en consejero de los países en desarrollo. Los métodos del *Centraal Plan Bureau* (\*), apenas modificados, ¿harán la fortuna de estos países? Se lo deseamos, sin estar definitivamente convencidos.

Actualmente, la ambigüedad es total. La palabra plan se combina confusamente y se vincula con varios sinónimos que conviene examinar. Desde el más preciso en apariencia y más ambicioso en realidad, hasta el menos preciso y menos ambicioso, tenemos los *planes*, con o sin mayúscula, con o sin autoridad, pero siempre con *indicaciones* (atributo poco comprometedor), y con *flexibilidad* (atributo tranquilizador).

En segundo lugar, tenemos los *programas* lineales, o no lineales en los mejores casos, empíricos lo más a menudo. Está la *programación*. Palabra horrible. neologismo mal formado, nadie sabe exactamente lo que significa. Es un elemento, un componente subalterno del plan. Pasemos.

En un nivel algo inferior, pero con un acento publicitario todavía honorable, tenemos los *proyectos*. El sujeto económico, que es un ser esencialmente prospectivo, proyecta; ya lo hemos dicho: no puede dejar de proyectar.

Más bajo todavía, tenemos el *cálculo económico*, expresión en boga en la época de Barone, de Hayek, antes de que éste llegara a la fama. Es una formulación sin pretensión, que ha perdido su lustre, a pesar de las calculadoras electrónicas que le confieren actualmente posibilidades que no se podían vislumbrar.

De todas estas palabras, no hay ninguna que no quepa en la vida económica, si se quiere considerar ésta, independientemente de su grado o de su tasa de desarrollo, como lo que es de toda manera: un conjunto, un conglomerado de sujetos que hacen, lo mejor que pueden y cada uno por su cuenta, sus propios cálculos económicos; cálculos que divergen en cierta medida, que convergen en otra, adaptando más o menos exitosamente

---

(\*) Servicio Central de Planificación del gobierno holandés (N. T.).

sus "planes" respectivos. Planes incompatibles o poco compatibles desde su mismo nacimiento, constantemente retocados, progresivamente armonizados (¡esta palabra tiene sus virtudes!). Estos planes convergen *in fine* porque esta convergencia es inevitable: sin ella la máquina dejaría de girar. Los planes convergen pues, hacia una especie de consenso rengo, de colaboración caótica, que nos cuidaremos de llamar equilibrio, porque estamos muy lejos del equilibrio en el sentido riguroso de la palabra, lejos incluso de cualquier equilibrio (9).

Venga el plan de arriba o de abajo (de la base, como se suele decir), su desarrollo, en el mejor de los casos, es esto: cuestión de gracia o de desgracia. Las reminiscencias calvinistas de Tinbergen lo llevan todavía al optimismo, lo mismo que, de una manera más claramente afirmada, a Pierre Massé, quien imputa al "dios escondido" en el bolillero de la lotería una preferencia por las bolillas blancas (10). Acerca de esta alternativa "mundana" (11), un jansenista (\*) no se atreve a pronunciarse, aún si tal abstención le vale la reprobación general. Con razón o sin ella, el jansenista piensa que el viento del mar franquea las costas inhóspitas, pero no fecunda los desiertos, y que la voluntad del hombre no puede nada contra las selecciones naturales o sobrenaturales. A esta opinión inexorable, y forzosamente impopular, el molinista (\*\*) opone concepciones más tranquilizadoras (12). No hay, nos predica, ninguna tierra, ninguna desolación, que no

---

(9) Las ambigüedades de la palabra **equilibrio**, el sinnúmero de sus definiciones han sido reveladas por Fritz MACHLUP con chispa y minuciosidad, en **Ensayos de semántica económica**, Bahía Blanca, Instituto de Economía, 1962. (El original inglés fue publicado en el **Economic Journal** de Londres, Vol LXVIII (1958), pp. 1-24.)

(10) En un artículo que publicó en la revista **Prospective**.

(11) En el sentido dado a esta palabra por Pascal.

(\*) Los discípulos de Jansenio (1585-1638) consideran que el libre albedrío queda menguado por la presciencia divina, y que la gracia es necesaria para la salvación (N. T.).

(\*\*) Luis de Molina S. J. (1535-1600) trató de conciliar el libre albedrío con la presciencia divina y la gracia (N. T.).

(12) No creemos que sean **estimulantes**.

esté destinada a las obras y, por ellas a la salvación. Hoy su inclinación natural le asocia a la idea de plan y al mañana eufórico connotado por el plan. Esto basta para que los molinistas se granjeen los sufragios que buscan. Su espíritu, hábil en la maniobra, se propone prever con mucha antelación, o por lo menos lo finge. Triunfa al día, y lo que seguirá no le importa mucho. Más valen promesas sin cumplir que promesas sin hacer. Todos los políticos lo saben muy bien.

¿Queda suprimida la ambigüedad? Evidentemente, no. Sin embargo, el esfuerzo que hemos hecho para circunscribirla nos ha llevado al nudo del problema, es decir a la idea de *intencionalidad* de la cual procede todo el resto, bajo formas diversas y cualesquiera. Esta idea, que en sus primeras obras Husserl había tomado de su maestro Brentano, se encuentra ya en Santo Tomás de Aquino, y en Duns Escoto. Como en cualquier otro campo de la acción humana, la idea de intencionalidad es absolutamente fundamental en Economía. Por su lado, León Dupriez utiliza la idea de *finalidad*, basándose en Benedetto Croce y en Raymond Ruyère (13) Esta idea se encuentra en otros autores, y particularmente en las obras de Cournot, referencia que nos parece más augusta. Así vuelve a ocupar el lugar preferencial que le corresponde esta verdad que, por escrúpulo o por coquetería científica, los clásicos, y más aún los neoclásicos, habían dejado en la sombra: que para todo economista, en teoría como en práctica, la causa eficiente es también la causa *final*.

Con o sin plan concertado, por las obras voluntarias o por la gracia dispensada, el desarrollo es ante todo una intención: Ayer traducía una intención individual, la acción de unos pocos promotores ávidos de lucro o de dominación sobre un medio suficientemente plástico, dócil, inerte, como para doblegarse casi sin resistencia ante sus designios. Actualmente (14), la intención, la intuición del desarrollo traduce un consenso colectivo, por lo menos el consenso de las fracciones más cultas y más conscientes de la población mundial. Esta intuición marca el paso, probablemente irreversible, de una civilización individualista a una

(13) En *Philosophie des conjonctures économiques*, Lovaina, 1961.

(14) No decimos **A partir de ahora**.

civilización no necesariamente comunitaria, menos aún colectivista, sino simplemente colectiva. El lector tendrá la bondad de perdonarnos este lugar común. El fenómeno colectivo no es nuevo, pero ocupa un lugar cada vez más importante. De la misma manera, el individuo no desaparece; no se borra, no se esfuma: por inclinación o por razón, se compromete, adhiere a una causa. Trata de nadar con la corriente, no por oportunismo, sino por necesidad. No están suprimidas las iniciativas individuales. Poco importa que vengan de autócratas o de plutócratas; se apoyan sobre movimientos de opinión. En cambio, por muy expuestos que estén a ser explotados y engañados, estos movimientos de opinión, estos consensos colectivos se imponen lo más o menudo por la masa y por la fuerza que representan.

Enfocada de esta manera, la verdad económica —no hablamos aquí de una verdad científica sino de una verdad viva y vivaz— surge de la base, se vuelve democrática en el sentido pleno y profundo de este término. En este sentido, un economista eminente, personalmente convencido de las ventajas de la planificación, puede legítimamente, usando una expresión algo sorprendente, hablar de "plan no escrito". En este sentido también, con o sin plan, pero con el tiempo, quizás con un tiempo muy largo y después de muchos tropiezos que pueden motivar cierto escepticismo y quizás ocasionalmente un poco de pesimismo, el desarrollo sigue siendo (en los países donde está ya adelantado) y se vuelve (en los países donde empieza) una perspectiva plausible. Después de todo, las formas exteriores que revistió y que revestirá son secundarias. También lo son las ambigüedades y las querellas de palabras.

### III. — LAS DIFICULTADES DEL PLANIFICADOR

La prospectiva es una actitud, un rótulo, un método. Acabamos de examinar los móviles de la actitud, las ambigüedades del rótulo. En cuanto al método, diremos que la prospectiva no es en sí un método; que es un estado mental, pero un estado mental que lleva a buscar un método, o también que la prospectiva es propia de una mente en busca de método.

El método no es dado, ni único. Si lo fuese, todo lo demás sería dado también. El papel del prospector se reduciría al de simple ejecutor, ayudado por la suerte y estorbado por la fatalidad. La actitud prospectiva perdería sus razones de existir, puesto que la primera de estas razones consiste, para interrogar mejor, en interrogarse a sí misma, en saber cuáles son los interlocutores que debe elegir —interlocutores *humanos*, por supuesto, pero también, si nos podemos permitir esta expresión, interlocutores *físicos*— en saber cómo elegirlos, cómo comunicarse con ellos, por medio de qué lenguaje, de qué antenas portadoras de qué ecos, con qué auscultación provocarlos; en resumen, cómo conversar.

La diversidad de las actitudes, como hemos visto, procede de una raíz común. La diversidad de las palabras y de sus acepciones, a primera vista tan desconcertante, no ofrece mayor inconveniente puesto que no impide seguir adelante, y que la realidad del compromiso prevalece sobre las palabras que lo formulan.

No ocurre lo mismo con la diversidad de los métodos. Algunos se excluyen recíprocamente, otros se complementan mutuamente. Es indispensable seleccionarlos antes de usarlos. Si esta selección dependiese solamente del análisis lógico, sería realizable. Los matemáticos, y ocasionalmente los logísticos, lo hacen con éxito, como lo demuestra la importancia creciente que van adquiriendo en la investigación económica. Pero esto no basta. Podemos casar la Matemática con la Economía. Pero ésta no se entrega totalmente. Debe someterse como lo dijo Walras, a la regla de su compañero y, a tal fin abocarse con él en toda pureza. En realidad, este acoplamiento se realiza entre un ser económico, puro quizás, pero seguramente débil y famélico, y un ser matemático en la plenitud de su potencia, potencia de la cual utilizará tan sólo una mínima parte.

Nos podemos preguntar, por ejemplo, si el éxito de la planificación en los Países Bajos no se debe, antes que al cálculo de matrices, a la autodisciplina del ciudadano holandés. Según Tinbergen, no va uno sin la otra. Reconozcamos que forman una pareja algo despareja. Lo que se introduce en las líneas y en las

columnas de las matrices, son seres estadísticos, esqueletos. Ahora bien, el sistema de relaciones que se deduce de estas matrices tendrá que regular la vida de seres vivos, que comen y beben. No se puede asegurar que estos hombres se dejarán tan fácilmente transformar en maniqués, ni que el traje de confección estará a su medida, que no les resultará por lo menos incómodo, ni que el socorro de la religión o del psicoanálisis podrá disipar su malestar.

El sociólogo y el antropólogo tienen que opinar; a pesar de los valiosos esfuerzos de algunos, en particular de Claude Lévi-Strauss, todavía no lo hacen fácilmente en lenguaje matemático. Lo logran excepcionalmente, pero tales piezas de museo son raras (15).

Sin embargo, no les falta buena voluntad a los matemáticos. Se adelantan todo lo que pueden al encuentro de sus colegas de las ciencias humanas, les proveen de funciones estocásticas, probabilizan todo lo probabilizable, formalizan la incertidumbre, llaman en su auxilio a la cibernética. Todo esto es ya práctica habitual; pero no basta todavía; subsisten lagunas creadas por las esquematizaciones atrevidas. ¿Llegaremos, como en las ciencias físicas, a las lógicas polivalentes, a las correspondencias biunívocas, a las estructuras formales complejas, a los conjuntos bien ordenados, al cálculo tensorial, a los espacios no euclidianos y a las generalizaciones que estos lenguajes, y sólo estos lenguajes, hacen posibles? No prejuzguemos. Es tarea del economista amoldar, sin deformarlos, sus propios temas de investigación, de manera de poder aplicarles estos instrumentos refinados. Cuando lo logre, pero entonces solamente, el análisis económico merecerá el nombre de "economía fina" que le fuera atribuido prematuramente por algunos autores y políticos. El micro-físico puede hablar de estructuras finas, porque opera en ellas con los instrumentos adecuados. El economista, y sobre todo el macroeconomista, no está tan adelantado. Su método, o más exactamente el abanico de sus métodos, está todavía en gestación. Es una primera dificultad.

(15) Véase Claude LEVI-STRAUSS, *Les structures élémentaires de la parenté*, París. En el capítulo redactado por André WEIL, se hace intervenir la matemática de los grupos de Evariste GALOIS. El lego se saca el sombrero.

He aquí otra. Tinbergen —para volver a este gran especialista de la política económica— nota que ésta sigue un camino inverso del camino propio de la teoría. Mientras el teórico demuestra que tal constelación de factores generará tal situación, el perito político, después de definir la situación o las situaciones alternativas que espera, deduce de ellas la constelación de factores que deberá poner en juego (16).

A primera vista, la oposición parece evidente. Es clara y atractiva, pero es probable que no corresponda totalmente a la realidad. La síntesis no es el contrario simétrico del análisis, como el anverso y el reverso de un dibujo observado por transparencia. Sería demasiado sencillo. Los componentes, agrupados por el análisis según un orden determinado, no se reagrupan necesariamente en el orden inverso en la síntesis.

Limitémonos a un ejemplo, tomado de un exégeta de Descartes (17). Según esta interpretación, el orden analítico u orden científico tiene por punto de partida el cogito, del cual deduce la serie de consecuencias que demuestran la existencia del dios creador; el orden sintético u orden natural tiene por punto de partida el dios creador, de quien derivan el cogito y la misma serie de consecuencias, salvo el dios creador presupuesto. No se puede decir, pues, que la segunda vía es la inversa de la primera. La antítesis se reduce a lo siguiente: las premisas y las conclusiones del orden científico se transforman respectivamente en conclusiones y premisas en el orden natural, no por haberse invertido completamente el razonamiento, sino por haberse corrido una posición el orden de las razones. Por lo demás, este orden no se ha modificado.

No se pretende, desde luego, que la solución cartesiana, que por otra parte ha sido puesta en tela de juicio, sea transferible a un problema diferente, en particular al problema de Tinbergen. Por lo contrario, se advierte que cada problema implica un orden de razones que le es propio, que existe un orden de razones propio al análisis económico, orden conocido en los campos

(16) O. c.

(17) Véase el **Cahier de Royaumont**.

ya alcanzados por este análisis, pero todavía desconocido en los demás. Ahora bien, si estos campos ya explorados son bastante amplios en lo que se refiere a la microeconomía, la política económica no puede sacar provecho de tal situación, puesto que tanto las definiciones generalmente admitidas como los peritos encargados de su elaboración, la conciben como esencialmente macroeconómica, y el terreno de la macroeconomía está apenas explorado. Están mal conocidos todavía tanto el orden de las razones propias a la macroeconomía como el orden de las razones de la política económica. Refiriéndose al uno y al otro de estos dos dominios, especialmente al segundo, sería más justo, en el estado actual de los conocimientos, hablar de orden de las convenciones (18), o aún, a riesgo de cometer un abuso de lenguaje, de orden de las oportunidades. También aquí, la actitud prospectiva se coloca indudablemente en una posición embarazosa.

Tercera dificultad: Tinbergen y todos los especialistas de la política económica adoptan la distinción muy banal entre objetivos e instrumentos, es decir entre fines y medios. Esta manera de expresarse aclara *grosso modo* los términos extremos de la intencionalidad. Es aceptable tan sólo en primera aproximación. Porque, al definir los fines y los medios, deja en la sombra sus interferencias, sus acciones y reacciones recíprocas, es decir, la mayor parte del problema.

Expliquémonos: dentro del marco de un proyecto, reducido artificialmente a un pequeño número de relaciones a las cuales se asignan convencionalmente límites espaciales y temporales, y que se suponen protegidas contra toda influencia exógena, es posible, en efecto, situar respectivamente los parámetros: por un lado, los llamados *objetivos*, cuya compatibilidad debe ser previamente averiguada; por otra parte, los llamados *instrumentos* que deben ser los más adecuados. Es ésta una hipótesis de trabajo que vale tanto como cualquier otra. Pero no es un método de acción.

En efecto, la vida económica dentro de la cual la política así preconcebida tendrá que operar, ignora estos límites convencionales, esta claustración que se obtiene solamente en laboratorio.

---

(18) Es decir: de convenciones lógicas obtenidas por definiciones libres.

El modelo construido en un medio inmunizado *in abstracto*, será aplicado a un medio concretamente contaminado. Ocurrirán sorpresas, causadas por eventualidades que fueron sospechadas por el planificador, pero deliberadamente ignoradas por él, por el simple motivo que no se les podía asignar ningún grado de probabilidad. No se lo reprochamos; no hubiésemos podido salir más airosos que él.

Esto no es todo: el proyecto más cuidadosamente preparado, dotado de todos sus instrumentos bien adaptados a sus objetivos, provisto de una lista de plazos fijos, fechado desde el principio hasta el fin, dinamizado en esta forma, este proyecto se inserta de una manera distinta en un campo histórico que ha empezado mucho antes que él y que no se acabará con él. Ahora bien, en el seno de este campo histórico inacabado, la dialéctica de los medios y de los fines cambia totalmente. Como lo ha demostrado Robertson, el fin de hoy constituirá mañana el medio de un fin ulterior; el ingreso que el sujeto forma ahora, lo utilizará más tarde como medio para formar otros ingresos. El compromiso de hoy abre la puerta a otros compromisos que no son predeterminados. Lo mismo que las ramas crecen en el árbol, los proyectos se ramifican y se generan unos a otros. En cambio, mientras el árbol toma, al crecer, una forma previsible por analogía, la generación mutua de los proyectos no es previsible, o lo es solamente por *extrapolación*.

A la extrapolación, el planificador se aferra como a su tabla de salvación. Esta tabla podrida lo saca de apuro, impresiona a la gente ingenua, acalla las conspiraciones. Por supuesto, el técnico serio la usa con suma precaución: sus extrapolaciones van acompañadas de correctivos. Pero lamentablemente, mirando de más cerca, se ve que estos correctivos se basan en otras extrapolaciones.

Muy raros son los proyectos que tienen su origen en una intuición pura, exenta de todo contagio: los proyectos vírgenes. Muy raros y, con demasiada frecuencia, destinados al fracaso. Se los considera intempestivos, porque sorprenden. El innovador, a quien el planificador pretende favorecer, es el peor causante de

sus apuros. Trabajando a escondidas, sin método discernible, sin publicidad, se burla de la actitud prospectiva. Mientras ésta supone, calcula, y se pronuncia con cautela, el innovador se arroja sin miedo al campo de las realizaciones.

Este género de epopeya, este escándalo, se está volviendo cada vez más insólito. El genio se colectiviza, como lo demás. Trabaja en equipo. Esto no significa, aquí tampoco, que el individuo se suprima; cuanto más, se esfuma. Vuelve a ocupar un lugar, vuelve a tener un papel. Nómada que, hace poco, vagabundeaba a la ventura por itinerarios improvisados, con el riesgo de no llegar a ninguna parte, helo aquí enrolado, colegialmente asociado con sus camaradas, de conformidad con el orden de la ciencia. He aquí que el método, que antes era pensamiento, se está elevando al rango de institución (19). El soberano, renunciando a su poder discrecional, o mitigándolo, le cede su derecho de prioridad.

No hay en esto nada que no haya sido previsto y anunciado por el enciclopedismo, el positivismo, el sansimonismo, y el tan despreciado científicismo. Vacilamos sin embargo, en tributarles un homenaje que requeriría muchos matices, muchas reservas, y que nos obligaría a entrar en detalles interminables.

Pero tenemos que concluir. Lo haremos invocando las dos dificultades más serias con las cuales tropieza el talento del planificador: los límites de su saber y los límites de su poder.

Las ciencias físicas y las ciencias humanas progresan armónicamente, pero no a la misma altura. Las ciencias humanas han iniciado su marcha con un atraso considerable. Augusto Comte creía que este retraso sería provisorio, pero no han logrado recuperarlo ni sus discípulos ni todos aquéllos que, sin reconocerlo por maestro, han seguido el mismo camino. Los adelantos de las ciencias exactas han sido rápidos, pero las dificultades encontradas por las ciencias humanas parecen tan intrincadas, que sus especialistas están todavía discutiendo los prolegómenos. De

---

(19) Nos negamos a decir que **se institucionaliza**.

las supuestas leyes que algunos han enunciado en apoyo de una tendencia, no hay casi ninguna cuya validez no sea rechazada, y con razón, por los partidarios de la tendencia opuesta.

En la densa red de la interdependencia general, piedra angular de todo el pensamiento económico, algunas relaciones han sido ubicadas, otras se adivinan; pero subsisten grandes manchas blancas, que comprometen el conjunto.

Los costos financieros utilizados por el planificador en sus cálculos, corren un riesgo de obsolescencia tanto mayor cuanto el progreso técnico, imprevisible por naturaleza, acelera su ritmo. Este hermoso regalo de las ciencias físicas al desarrollo se vuelve a veces contra este último. Costos sociales, o costos del hombre — usando el lenguaje de François Perroux—, todo esto sigue sin descifrar, y no puede ser cifrado, desde luego, en magnitudes cardinales, seguras y concretas.

Hay algo peor: los efectos directos, que el planificador vislumbra con más o menos éxito, provocarán efectos inducidos que no pueden ser previstos totalmente por las fórmulas clásicas; y cuando se les quiere aplicar a lo concreto, degeneran en impos-tura.

Este precario saber impresiona a los ingenuos. Precario, lo es también el poder que genera. Este poder, que no preocupa al sabio, queda en manos de hombres codiciosos, que la naturaleza ha hecho tales, y que se encuentran en todos los regímenes. No es indiferente, sin embargo, que el poder económico derive del poder político, como es el caso en régimen colectivista, o que el poder político pertenezca al poder económico que coloca en él sus testafierros, como es el caso en régimen capitalista. En cuanto al poder social, postulado por Jean Lhomme (20), en su "ley de los tres poderes", es decir, el poder de controlar, dirigir y, en caso de necesidad acallar la opinión, —sea en nombre de la Libre Empresa o en nombre del Partido— este poder, el hombre codicioso lo acapara y lo ejerce con mano de hierro. Esta realidad es evidente para cualquiera que haya conocido el mundo de los negocios. Frente a ella, el planificador tiene que resignarse a la impoten-

---

(20) O. c.

cia, o disimular su connivencia. Los proyectos, a menudo inteligentes, que se someten a su examen, no han sido elaborados en su despacho pasan por él solamente en tránsito. No puede razonablemente negarles su bendición, lo que por otra parte, le costaría caro. Tal es probablemente la dificultad suprema de este hombre honrado. Desde luego, le está prohibido mencionarla en alta voz, pero de vez en cuando la confiesa discretamente. Terminemos con esta confesión sin equivocarnos a su respecto. No hay en esto nada de desilusionado ni de desilusionante, sino inquietud roborativa. Corresponde al mal del siglo, de un siglo inquieto porque es destructor por ventura, y constructor por vocación. He aquí el hecho; he aquí el fondo: la era de la planificación es ante todo la era de la inquietud.

Universidad Nacional del Sur

Pierre Dieterlen

(Manuscrito en francés. Versión española de Pablo J. Gallez).  
La versión francesa de este artículo se publicará próximamente en la revista **Prospective**, de París.